

El relato europeo y el relato de la Transición. Comparativas y convergencias en ambas narrativas

The European Story And The Transition Story. Comparatives And Convergences In Both Narratives

 DAVID BENAYAS SÁNCHEZ
Universidad Complutense de Madrid
dbenayas@ucm.es

Resumen: El relato siempre ha sido una parte importante de toda historia. Europa, como entidad política, ha desarrollado a lo largo del tiempo una robusta narrativa, a través de la cual ha intentado generar en los europeos un sentimiento de identidad y pertenencia. La narrativa nacional española, por su parte, desde 1975, ha buscado relacionar los valores de su naciente democracia con los del resto de Europa; producto de una serie de anhelos históricos. Hoy día, parece que esa narrativa está entrando en crisis de forma paralela al relato europeo y es, en estos momentos, cuando todo lo que nuestra historia pareció olvidar, comienza a salir a flote.

Palabra clave: Relato, mito, europeísmo, olvido, memoria, normalidad.

Abstract: The story has always been an important part of every narrative. Europe, as a political entity, has developed over time a strong narrative, through it has tried to generate an identity, making up a feeling of membership into European citizens. The Spanish national narrative, since 1975, has always looked for an identification with the values of the rising European democracy, as a product of a series of historical desires. Today, it seems that this report is getting into a crisis, parallel to the European story. It is, at that moment, when everything which our history seemed to forget, it is beginning to emerge.

Keywords: Story, myth, Europeanism, oblivion, memory, normality.

Recibido: 20 de enero de 2021; aceptado: 15 de junio de 2021; publicado: 30 de septiembre de 2021.

Revista Historia Autónoma, 19 (2021), pp. 203-219

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2021.19.011>



1. Introducción: El relato, el mito y sus funciones

Pocas cosas son tan importantes como tener una buena historia. Construir identidades, una implicación emocional hacia un proyecto y elementos discursivos que conecten con formas de identidad política son fundamentales. Una historia puede ser definida como una narrativa escrita u oral de acontecimientos que han ocurrido o que se cree que han ocurrido en el pasado. El relato está compuesto de mitos, símbolos, rituales y narrativas, por lo que es un elemento más de este mundo simbólico, capaz de crear un esquema operante para comprender la realidad y darle sentido.

La diferencia, en este caso, es el hecho de que dicho relato asume ser un elemento legitimador de un determinado proyecto u orden político-social. Para Labov, las narrativas significan “la elección de una técnica lingüística específica para relatar eventos pasados”¹. Los autores de la narrativa controlan lo que se cuenta y cómo se cuenta, en este sentido, la historia refleja las percepciones, visiones, intereses e intenciones de los que narran el relato. El objetivo es el de hacer que la audiencia, a través de la historia, comparta esos mismos valores, intereses y objetivos². Se trata de un relato funcional, que para permanecer vigente debe integrarse en los imaginarios colectivos a través de mecanismos de integración, movilización y adhesión de la población al mismo³.

El relato es, por tanto, generador e interpretador de la realidad en una constante retroalimentación. El motor de vida del relato es la adhesión o no de la población a la realidad que intenta legitimar. La operatividad del discurso depende de la coherencia del mismo y de su adaptabilidad a un escenario cambiante de cada nuevo tiempo histórico. Todo régimen o proyecto político necesita de un discurso legitimador que le dé una razón de ser y que le permita saber de dónde viene y hacia dónde va.

Los mitos que conforman los relatos, tal y como formula Margaret Somers⁴, siempre presentan una estructura similar⁵. Tienen como objetivo marcar una serie de ideas reguladoras para regir la sociedad, así como establecer una serie de ideales irrealizados para generar un proyecto y una trayectoria política en el horizonte. El relato siempre cuenta, según Somers,

¹ Labov, William, “Some Further Steps in Narrative Analysis”, en *Journal of Narrative and Life History*, 7 (1997), pp. 395-415. <https://doi.org/10.1075/jnlh.7.49som>

² Cloet, Quincy, “Two Sides to Every Story (Teller): Competition, Continuity and Change in Narratives of European Integration”, en *Journal of Contemporary European Studies*, 23, 3 (2017), pp. 291-306. <https://doi.org/10.1080/14782804.2017.1348339>

³ García Pelayo, Manuel, *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 23-26; García Pelayo toma esta definición del estudio de los textos de George Sorel sobre la potencialidad del mito como instrumento transformador de la sociedad, huyendo del marxismo científico positivista que caracterizaba el contexto intelectual del siglo XIX y engarzando en una visión más romántica e identitaria del imaginario del proletariado.

⁴ Somers, Margaret, “The Narrative Constitution of Identity: A Relational and Network Approach”, en *Theory and Society*, 23, 3 (1994), pp. 720-741. <https://doi.org/10.1007/BF00992905>

⁵ Bottici, Chiara, *A Philosophy of Political Myth*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511498626>

con una dimensión moral escatológica articulada en tres tiempos: pasado, presente y futuro. Este, como dice Delanty, es una construcción social desde el pasado al presente⁶, que genera “realidades vividas”. El pasado sustenta la dimensión moral del proyecto, pues reseña aquella tragedia común de sufrimiento y desequilibrios que da legitimidad al nuevo esquema, que pretende erigirse como muro contencioso de la barbarie representada por aquellos tiempos pretéritos. Por lo tanto, se desarrolla en el presente como un destino final al que llegar y auspicia un desenlace moral. La estructura narrativa del relato, en definitiva, establece un punto de partida (*barbarie*), un nudo argumental (*travesía*) y un desenlace marcado por la teleología ética del proyecto. La verdad establecida por el mismo es de naturaleza moral, no empírica, por lo que omite deliberadamente partes del pasado⁷.

El objetivo del relato es, principalmente, el de generar legitimidad, identidad colectiva y adhesión a un proyecto concreto. El significado moral de un pasado común engendra afecto y pasión, y determina la dimensión emocional del mito. La cosmogonía mítica simplifica, dramatiza y narra selectivamente el pasado por y para crear una identidad colectiva adherida a la fantasía de un futuro mejor. Según el modelo de Mishler de análisis narrativo, el relato debe poseer una estructura (que considere una cronología, un guion y unos personajes), generar una identidad (hacer que los auditores se sientan identificados con la historia), crear un compromiso, provocar un sentimiento de seguridad (la narrativa debe mostrar el proyecto político como solución a los problemas colectivos, como un lugar seguro al que acudir) y, tal vez, una de las cosas más importantes, definir qué es “normal” y qué no lo es⁸.

2. Similitudes entre el relato europeo y el relato de la transición

El mito europeo, como señalan Ian Manners y Philomena Murray no es solo uno, sino que presenta una multitud de narrativas⁹. Para el propósito que tenemos aquí, tomaremos como ejemplo la noble narrativa de la paz y la democracia, el relato europeo de posguerra, puesto que consideramos que es la que más se asemeja al relato de la transición española. Tendremos en cuenta los puntos estructurales y las funcionalidades que antes hemos definido que son operantes dentro de todo mito.

⁶ Delanty, Gerard, *Inventing Europe: Idea, Identity, Reality*, London, Palgrave Macmillan, 1995. <https://doi.org/10.1057/9780230379657>

⁷ Eder, Klaus, “Europe’s Borders. The Narrative Construction of the Boundaries of Europe”, en *European Journal of Social Theory*, 9, 2 (2006), pp. 327-350. <https://doi.org/10.1177/1368431006063345>

⁸ Manners, Ian, “Normative Power Europe: A Contradiction in Terms?”, en *Copenhagen Peace Research Institute*, Working Paper 38, (2000).

⁹ Manners, Ian y Murray, Philomena, “The End of a Noble Narrative? European Integration Narratives after the Nobel Peace Prize”, en *Journal of Common Market Studies*, 54, 1 (2016), pp. 185-202. <https://doi.org/10.1111/jcms.12324>

2.1. El relato europeo de posguerra

Los historiadores han definido la historia de la construcción europea como un éxito, en palabras de Jost Dülffer, una verdadera *Christmas story*¹⁰. Se ha hecho ver que la historia de Europa desde 1945 ha sido un relato ejemplar. El “sueño europeo” creó un continente en paz, integrado, con un modelo político y social que ha sido un referente a seguir. Sin embargo, la naturaleza mitológica está más cerca de esta narración que la histórica¹¹. Pese a todo, la narrativa europea de la paz fue, para los europeos que vivieron la Segunda Guerra Mundial, la promesa de un futuro en armonía, marcado por la solidaridad y la reconciliación entre antiguos enemigos. Posteriormente, aquellos que vivieron dictaduras durante la segunda mitad del siglo xx sintieron que Europa era el ideal sobre el que construir un horizonte de democracia, progreso y modernidad social¹².

El mito europeo, siguiendo el modelo de Somers, se representa a través de una estructura escatológica con tres grandes tiempos. El pasado de Europa aporta al proyecto europeo la dimensión moral que recoge su relato y que lo legitima. Europa fue consumida por la guerra entre antiguas naciones rivales, que durante siglos habían combatido entre sí y cuyos odios y enfrentamientos habían llegado a provocar a la altura de 1945 un verdadero armagedón. La conflagración tuvo como resultado una Europa en ruinas, tanto material como moral. Las cifras no son capaces de expresar en sí mismas el horror. La URSS superó de largo los 20 millones de ciudadanos muertos; Polonia había tenido cerca de 6 millones (16 % de su población); en el caso de Alemania el número de víctimas oscilaba entre 4 y 6,5 millones de muertos; en Francia la guerra se cobró al menos 635.000 vidas. Europa había visto el horror de las limpiezas étnicas y destierros que estuvieron al orden del día en la inmediata posguerra. Europa era un continente de hambre, enfermedades y muerte. Entre septiembre de 1939 y principios de 1941, al menos 30 millones de europeos huyeron o fueron deportados. Todos los elementos de la modernidad, al igual que los avances y progresos humanos que llevaban como bandera de identidad los europeos, se habían convertido en máquinas de exterminio. El Holocausto y la modernidad habían ido de la mano¹³ durante esos años, algo que hizo enmudecer de horror a la humanidad¹⁴.

Europa había perdido su identidad civilizatoria¹⁵, se hallaba huérfana entre las ruinas de la guerra, despojada totalmente del poder que un día tuvo. Era necesario que esa barbarie nunca volviera a producirse, era necesario acometer un proyecto que evitara que algo así sucediera

¹⁰ Dülffer, Jost, “The Balance of Historiography. The History of European Integration: From Integration History to the History of Integrated Europe”, en Loth, Wilfried (ed.), *Experiencing Europe. 50 Years of European Construction 1957-2007*, Bruselas, Nomos, 2008, pp. 17-32. <https://doi.org/10.5771/9783845213323-17>

¹¹ Véase Lowe, Keith, *Continente salvaje: Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.

¹² Moreno Juste, Antonio, “Sueño, aventura y realidad del proceso de integración europea”, en *Rúbrica Contemporánea*, 3, 6 (2014), pp. 129-146.

¹³ Bauman, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 2010.

¹⁴ Judt, Tony, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.

¹⁵ Traverso, Enzo, *Fire and Blood. The European Civil War (1914-1945)*, Londres, Verso, 2016.

de nuevo. Se puso pues, en marcha, un proyecto de integración y construcción europea. El punto de partida debía ser también el de no retorno, Europa nunca debería volver a presenciar las atrocidades de la guerra. El relato parte de esta realidad aterradora, que marca el primer episodio escatológico del mito. El proyecto y su discurso debían ser los muros de contención de la barbarie.

El futuro representaba el objetivo y el fin último a alcanzar, aquello por lo que se trabajaba en el presente, aquello que confería un sentido utópico al proyecto por el cual se estaba trabajando: una Europa unida y en paz. La utopía generaba por un lado legitimidad ante una población exhausta por los desastres de la guerra y, por otro lado, la promesa de seguridad, que propiciaba adhesión a un plan político capaz de acabar al fin con los conflictos. ¿La identificación común? La experiencia colectiva europea de la guerra, una base sobre la cual construir una memoria europea, capaz de hacer recordar siempre por qué era necesario recorrer un camino hacia la unión. Por parte de los europeos era visto como un bello proyecto, como los muchos que se habían planteado en el período de distensión de los años veinte.

La recuperación material de Europa vendría seguida por los inicios del proceso de integración. Poco a poco asistiríamos al llamado “milagro europeo”, la historia de cómo un continente destruido se erigió nuevamente de sus cenizas. De ahí en adelante, Europa pasaría a representar, según se ahondara en la integración europea, el paradigma del respeto a los DD. HH., de la democracia y de la igualdad jurídica. Se identificaría *modelo europeo* con *integración europea* y serían parte del corolario del relato de paz y democracia, que iría de la mano del progreso económico y la modernización social. El mito pasaría a definir la normalidad, el modelo a seguir, determinado por los valores europeos. Un modelo social creado por y para generar identidades ligadas a los valores de democracia, liberalismo y respeto a los DD. HH., que serán monopolizados y considerados como genuinamente europeos en esta narrativa¹⁶.

Por último, el relato, siguiendo el modelo de Mishler, siempre debe tener unos personajes “heroicos” que son los protagonistas del mito. En este caso, debemos resaltar el papel de los llamados “padres fundadores de Europa”: Spinelli, Schuman, Monnet, etc. Los cuales habían puesto de manifiesto que la razón principal del empeño unionista había sido el idealismo de hacer realidad el viejo sueño de la unidad europea¹⁷, pese a que sepamos que en este proyecto convergieron numerosos intereses nacionales que no respondían precisamente al idealismo.

La resonancia del discurso de la paz a lo largo del tiempo es producto de su propio éxito. Este discurso definió la paz como ortodoxia, como nueva normalidad, seguida por los valores europeos de democracia y libertad. Durante más de cincuenta años ha estado presente en discursos, biografías y actos institucionales de la UE. Hoy día, sobrevive.

¹⁶ Hobsbawm, Eric, “Europe: Histoire, Mythe, Réalité” en *Le Monde*, 11 de octubre de 2008.

¹⁷ Moreno Juste, Antonio, “El fin del relato europeo. La crisis del proceso de integración y su impacto sobre las narrativas europeas”, en *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, 45 (2013), pp. 607-630.

2.2. El relato de la transición

El relato de la transición ha generado una memoria colectiva vívida, más que por los recuerdos personales de los que vivieron esa época, por los recuerdos colectivos que de ella se conservan y que han sido producto del relato, transmitido a través de los medios institucionales, de la prensa, de los centros educativos, etc.

Este relato viene marcado por tres tiempos. El pasado: España ha arrastrado desde 1898 una profunda crisis de identidad, una noción colectiva de “excepcionalidad”, de sentimiento de atraso, un verdadero “problema español” en términos orteguianos. Sin embargo, y contradiciendo las campañas turísticas de los años sesenta, España no es diferente, ni nunca lo ha sido¹⁸. Y esa impotencia colectiva estaba presente y era vívida desde finales del siglo XIX¹⁹: “éramos incapaces de adaptarnos a la modernidad, no pertenecíamos a las razas superiores”. La guerra civil añadió la atroz imagen cainita al nada agradable reflejo que España veía al mirarse en el espejo. El sangriento balance de la guerra aportaba unas cifras monstruosas. Parecía que las dos Españas estaban destinadas de manera inevitable a matarse entre ellas. La guerra y la dictadura sumaron un complejo más a la ya acomplexada mentalidad colectiva: “los españoles no estaban preparados para la democracia y la modernidad”. El aislamiento internacional habría venido a confirmar esa excepcionalidad: una nación merecedora de su posición residual en el mundo, atrasada, fratricida, aislada...

Como dice Gregorio Morán, “si la transición política se valora como modelo, entonces la guerra civil no es más que una barbarie cainita, una derivación malsana de las tendencias sociales del país que coexistían a duras penas desde finales del siglo XVIII [...] Se trataba de explicar este milagro tras aquella tragedia”²⁰. El relato de la transición había nacido como contencioso de una historia fratricida, marcada por los constantes enfrentamientos. En el futuro había un objetivo límpido y claro: la utopía de la normalidad. Este relato había nacido con el objetivo de reconciliar a España con la modernidad, y ante la emergente necesidad de clausurar el mito de “las dos Españas”²¹.

Se abría una senda a seguir caracterizada por el diálogo y el consenso, factores que según el relato habían faltado en los episodios precedentes de la historia de España. Ambos serían valores que imperarían durante esos años y serían las claves de un nuevo modelo de éxito. Los grandes fines y objetivos del nuevo sistema que nacía a finales de los setenta serían la estabilidad política, la paz, la búsqueda de la democracia y la integración de España en el marco internacional, los referentes de normalidad. Para lograr esos objetivos era condición *sine qua non* el obtener un amplio consenso social y fortalecer una memoria colectiva que diera

¹⁸ Álvarez Junco, José, “El falso problema español”, en *El País*, 21 de diciembre de 1998.

¹⁹ Álvarez Junco, José, *Dioses útiles: Naciones y nacionalismos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

²⁰ Morán, Gregorio, *El precio de la Transición*, Madrid, Akal, 2015.

²¹ Espinosa Lamo, Emilio de, “La normalización de España. España, Europa y la modernidad”, en *Claves De Razón Práctica*, 111 (2011), pp. 4-17.

pie a legitimar el nuevo sistema. Aunar un consenso social amplio con democracia era una experiencia no tan inédita en España, aunque tan fugaz y efímera que era cuestionable su éxito. Cuarenta años de dictadura habían alimentado sistemáticamente el miedo a la guerra y habían mantenido abierta una brecha social que no había soldado del todo.

El relato de la transición, que comenzaba a tomar cuerpo, formulaba un nuevo marco de seguridad, la promesa de un nuevo régimen capaz de integrar a todos los españoles y garantizar un futuro estable y pacífico, algo que la generación que había vivido la guerra y sus hijos ansiaban. El discurso del rey ante el Congreso de EE. UU. sería una promesa de ese futuro, un viaje hacia la utopía que España nunca antes parecía haber alcanzado, un viaje hacia una democracia integradora de todos los ciudadanos.

La historia, como decía M. N. Pokrovski, pasaría a enfocarse desde la perspectiva de las necesidades políticas del momento: una proyección política hacia el pasado. El relato generaría una historia a su medida, que omitiría determinados episodios de manera selectiva. La historia de España en esta narrativa sería más moral que histórica: “las dos Españas que se enfrentaron en la guerra civil al fin apartaban sus diferencias y odios cainitas para colaborar por un futuro democrático y en paz. La narrativa de la transición se presentaría como una aplastante historia de éxito, mito fundacional de la modernidad en España”. La transición se explicaría desde entonces incluso en textos académicos como una suerte de determinismo retrospectivo²²: “si el punto de partida es la dictadura, el punto de llegada es la democracia”, sin tener en cuenta todas las dificultades que el proceso sufrió y las demandas posteriores que desencadenaría la no reparación de las víctimas del franquismo, aparte de la pervivencia de elementos que en su contexto tuvieron una funcionalidad de contención: Ley de Amnistía (1977), Aforamientos de 1978, etc. Pero que en el contexto contemporáneo encuentran serias oposiciones y críticas sobre todo desde el sector más civil de los movimientos memoriales.

Por último, es necesario mencionar la relevancia que en este relato tienen sus personajes. El relato deposita una gran importancia sobre los actores políticos del momento, a los que se ha encumbrado: Adolfo Suárez, Juan Carlos I, Torcuato Fernández Miranda, Santiago Carillo, etc. La memoria requiere del “olvido” de ciertos momentos del pasado y en el caso de estos personajes, se ve mejor que en ningún otro caso esta realidad. No era tiempo para afrontar la verdad sino para ocultar de dónde venían y quiénes habían sido. El *telos* social encontraba su lugar en las *egohistorias* de aquellos personajes.²³ Bajo este precepto amnésico, se pretendía realizar una transición dirigida desde la élite política, y el relato se construyó en torno al papel de la misma, sin contar con el papel que jugaron el cuerpo social y el movimiento obrero.

La adhesión a esta narrativa se selló con su bombardeo masivo sobre la población desde los medios televisivos y otros medios de difusión cultural. El componente emotivo y su

²² Término acuñado por Henri Bergson. Ref.: Rioja Nieto, Ana María, “Tiempo y determinismo: de Bergson a Prigogine”, en *Anábasis: revista bibliográfica de filosofía*, 3 (2000), pp. 79-88.

²³ Morán, Gregorio, *El precio... op. cit.*

intensidad siempre han sido determinantes a la hora de generar apego entre la población y han llegado incluso a propiciar la generación de una nueva identidad nacional, la del “nacional-constitucionalismo”, que por otra parte no parece haberse consolidado.

3. Nexos de unión: el europeísmo español en el relato

La narrativa de la paz y la estabilidad caracterizó el acceso a la Unión de Grecia, España y Portugal, países que percibían la Comunidad Europea (CE) como un símbolo de democracia y un muro contra el autoritarismo²⁴. Europa siempre tuvo un significado similar para España: modernización, democracia, normalidad, liberalismo... Aunque tuvo sus cambios a lo largo del tiempo, producto de los sucesos históricos.

España fue el primer país en incorporarse a la Comunidad con el apoyo unánime de todas las fuerzas parlamentarias²⁵. La cultura del consenso definida por la transición encontró su punto álgido en la política europea. El debate político sobre Europa nunca se midió en clave de europeísmo frente a euroescepticismo. En España las líneas discordantes nunca fueron contra el discurso hegemónico de la integración española en Europa, sino más bien sobre los métodos y prioridades de la misma²⁶. Europa era el referente simbólico, la solución al problema nacional español, la vía de escape para acabar con la narrativa del desastre nacional. La superación de la “excepcionalidad española” era esencial y eso solo podría alcanzarse a través de la “normalidad” que encarnaba Europa. Dejar atrás los paradigmas de “diferencia”, “ruptura interna”, “crisis de identidad” y “fracaso colectivo” que habían marcado las líneas generales de la mentalidad colectiva española solo podría realizarse a través de la integración en Europa²⁷. Entrar en Europa significaba una redención política, moral e histórica; de esto dependía el fracaso o el éxito colectivo de la transición y de España como nación.

En la medida en que el relato europeo define nuevos marcos de normalidad, la narrativa de la transición intenta seguir esa estela para concretar su propio proyecto político, un nuevo proyecto nacional que buscaba en Europa, principalmente, afianzar una serie de intereses nacionales: estabilidad, paz, desarrollo, modernización, democracia, etc. Europa, pese a su noble narrativa, tampoco estaba exenta de la lucha entre sus socios por imponer sus intereses

²⁴ Manners, Ian, *Normative Power Europe... op. cit.*, p. 189.

²⁵ López Gómez, Carlos, “El europeísmo en España. La sociedad civil ante el proceso de construcción europea”, en *Circunstancia: Revista de Ciencias Sociales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, 25 (2011), pp. 16-26.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Martín de la Guardia, Ricardo, “El europeísmo en la España del siglo xx”, en Forner Muñoz, Salvador y Senante Berendes, Heidi-Cristina, *Miradas a Europa: percepciones y relatos desde España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2020, pp. 19-30.

nacionales. Con el ingreso en la CE algo quedaría claro: España era un país democrático, pero este estuvo marcado por un juego de intereses. Ni siquiera el 23F conmovió a una Europa que hacía fríos cálculos sobre agricultura, industria y PIB. Los parones dilatorios vinieron sobre todo por parte de la Francia de Mitterrand y Giscard d’Estaing. Alemania hizo que la adhesión de España y Portugal fueran paso previo para desbloquear otros temas de la agenda europea. El PSOE apoyó la entrada en Europa en 1982 por las cuestiones de consolidación de la democracia y posteriormente por cuestiones de modernización industrial y económica. Por lo tanto, la política española en Europa defendió sus intereses dentro del marco comunitario de manera poco ingenua²⁸.

En la medida en que Europa ha cumplido las expectativas y agenda marcada por la transición ha satisfecho las aspiraciones formuladas por el relato. La adhesión a una narrativa y su operatividad dependen de su coherencia y van íntimamente ligadas a la capacidad del proyecto que legitima de dar solución a los problemas de la ciudadanía. En este sentido, por lo que se refiere a España, la adhesión de la población al proyecto planteado desde Europa ha sido firme debido a que, efectivamente, la integración ha sido considerada como una experiencia de modernización y desarrollo, elementos garantes de la estabilidad y el asentamiento del régimen político democrático²⁹. Las expectativas y objetivos planteados por la transición habían encontrado sus frutos en Europa, lo cual representaba un éxito rotundo a tres bandas: éxito del proceso democratizador en España, éxito de la integración europea³⁰ y éxito de ambos relatos. La relación de simbiosis e interdependencia (1975 en adelante)³¹ tal vez sea la que mejor defina la importancia de la integración de España en Europa para ambas narrativas.

El éxito de la narrativa europea en este caso se encontraba en el hecho de que acorde a su línea argumental había sido un referente para países que accedían a la “normalidad democrática”, garantizando y asegurando la consolidación de sus jóvenes sistemas representativos. Esto llegaría posteriormente a su cenit a partir de 1989, con la “narrativa del retorno”, apelando a todos aquellos países que tras la caída del muro volvían a Europa (occidental) y retornaban a la democracia y la libertad³². Para la sociedad española, como planteaba Santos Juliá, “herederos del gran relato del fracaso de España, la consolidación de la democracia y la entrada en Europa introdujeron a repensar la historia, en otros términos, como una variante de la historia europea”³³.

²⁸ Barbé, Esther, *La política europea de España*, Madrid, Ariel, 1999, pp. 15-25.

²⁹ Cavallaro, María Elena, “Las raíces del consenso europeísta de la España democrática”, en Mateos López, Abdón y Herrerin López, Ángel (coords.), *La España del presente: de la dictadura a la democracia*, Madrid, Asociación de Historiadores del Presente, 2006, pp. 103-116.; Trouvé, Matthieu, *L’Espagne et l’Europe. De la dictature de Franco à l’Union européenne*, Bruselas, Peter Lang, 2008.

³⁰ Precisamente en un momento en el que se ponía en duda: los años setenta y la “Euroesclerosis”.

³¹ Moreno Juste, Antonio, “Del problema de España a la España europeizada: excepcionalidad y normalización en la posición de España en Europa”, en Pereira Castañares, Juan Carlos (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel, 2003.

³² Cloet, Quincy, “Two sides of every story... *op. cit.*, p. 15.

³³ Juliá, Santos, “¿Qué les pasó a nuestros abuelos en la guerra?”, en *El País*, 22 de enero de 2011.

Europa, dentro del universo simbólico que manejaban los españoles, representaba “modernización”, en el sentido de homologación con lo europeo^{34 35}. La integración de España en Europa, la “reconciliación nacional” y la modernización serán los tres mitos de la nueva identidad nacional contrapuestos a mitos anteriores: “hispanidad” antieuropeísta, cainismo y atraso³⁶. Europa y todo lo que representaba era la utopía mostrada por el discurso, el sino escatológico de la larga y lamentable historia de España. Pese a ello, el antiguo mito no murió del todo, ni siquiera hoy parece terminar de marcharse, lo cual blinda el relato del paso a la democracia y sus claves prácticas como contencioso de la barbarie, así como una manera de hacer política más acorde a tiempos pretéritos que a un presente de crisis y transformación.

4. Lo que dejamos atrás: la memoria en los relatos

4.1. La retirada hacia delante en el caso español

Uno de los objetivos fundamentales del relato es el de crear identidad de grupo, identidad social. En base a intereses, problemas, valores y temores del presente, marca cortes y discontinuidades en el relato histórico y la memoria social selectiva³⁷.

Afirma Fernando Sevillano Calero “el grupo elabora la representación del pasado que mejor se adecúa a sus valores e intereses”³⁸. La memoria, por tanto, está plagada de omisiones. El pasado colectivo es común y, por tanto, tenemos una forma colectiva de recordarlo, a través de medios visuales, monumentos, lecturas comunes, etc. Hoy, la transición es un recuerdo vívido gracias no solo a los relatos individuales de quienes la vivieron, sino gracias a productos culturales que presentan la imagen, desde el presente de la misma.

La memoria de la transición construye a su vez la memoria de la guerra civil y el franquismo, pues el relato las presenta como realidades históricas antitéticas. Si la transición y el acceso a la democracia eran tenidos como exponentes máximos del diálogo, el consenso, la paz y la normalización de España, la guerra civil y la dictadura, de una manera superficial, eran vistas como acontecimientos violentos, exponentes del fracaso común de España y los españoles. Este noble relato surge en 1956 de la mano del Partido Comunista de España en el

³⁴ Moreno Juste, Antonio, “El proceso de construcción europea y las relaciones España-Europa”, en *Circunstancia: Revista de Ciencias Sociales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, 25 (2011), pp. 1-12.

³⁵ Morán, Fernando, *España en su sitio*, Madrid, Plaza y Janés, 1990.

³⁶ Morán, María Luisa, “La cultura política de los españoles”, en Del Campo, Salustiano (ed.), *España, sociedad industrial avanzada, vista por los nuevos sociólogos*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1999, pp. 134-158, p. 158.

³⁷ Sevillano Calero, Fernando, “La construcción de la memoria y el olvido en la España democrática”, *Ayer*, 52 (2003), pp. 298-319.

³⁸ *Ibidem*.

exilio que, ante la incapacidad de seguir manteniendo la lucha armada irregular, opta por la vía de presión diplomática al régimen franquista. La guerra, desde entonces, comienza a cambiar en los imaginarios colectivos. Desde dentro, la guerra comenzará a adoptar la apariencia de una locura colectiva, y el régimen franquista, asediado además por los estudios de hispanistas británicos como Hugh Thomas o Herbert Southworth³⁹, tendrá que aceptar la parte por el todo y abandonar, en buena medida, la imagen de la gloriosa cruzada redentora⁴⁰.

Por tanto, los relatos se adaptan a sus realidades históricas y las necesidades políticas de los regímenes que los crean. El relato de la transición y la imagen retrospectiva que creó del pasado republicano y de la guerra no fueron *ex nihilo*, sino que tuvieron toda una trayectoria de construcción y consolidación, desde aportaciones como las que desarrolló José María Gil Robles en 1968 en su *No fue posible la paz*: “intransigencia de la II República”, “convivencia imposible”, “abocada al fracaso”. Hasta referentes militares como los hermanos Salas Larrazábal, que ya en los primeros compases del resurgir democrático de España publicaba *Pérdidas de la guerra*, un relato ahistórico que pretendía equiparar a ambos “bandos”, siguiendo con las premisas del “pasado clausurado” que proponía la política de reconciliación nacional del PCE, emulada por el franquismo desde sus propios y particulares parámetros⁴¹.

El pasado, durante los años finales de la década de los setenta del siglo xx fue fabricado e interpretado en base a las necesidades de aquel presente, un presente señalado por los miedos e inseguridades que generaba la mirada hacia atrás, que fueron alentados y alimentados por el antiguo discurso de las “dos Españas” y el “ser español fratricida”. La narrativa de la transición buscaba unos intereses y objetivos políticos claros, y toda la maquinaria publicitaria de la nueva España democrática se puso a trabajar por y para legitimar dicho proyecto, creando una nueva imagen histórica del pasado para legitimar el presente y el futuro.

La construcción del nuevo relato nacional necesitaba colonizar aquel presente, prueba de ello es que hoy en día el relato mítico de la transición coloniza el nuestro. La nueva memoria necesitaba ocupar la hegemonía que le correspondía. Este nuevo relato colectivo se fabricó entre la nebulosa del miedo, los temores y las polémicas. Si la nueva narrativa pretendía sustentarse sobre el consenso y el diálogo debía acometer una omisión selectiva a fin de evitar generar un conflicto que pusiera en peligro esos valores. La guerra civil siempre estuvo presente en la creación de los nuevos mitos nacionales (reconciliación, europeización y modernización), claves para el triunfo socialista en 1982⁴², pues el miedo a ese pasado o más bien a su repetición, fue algo que en buena medida alentó a la clase política al pactismo y el diálogo. El miedo es

³⁹ Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, Madrid, Debolsillo, 2020 (primera ed. 1961); Southworth, Herbert, *El mito de la cruzada de Franco*, Madrid, Debolsillo, 2008 (primera ed. 1963).

⁴⁰ Rodrigo, Javier, *Cruzada, Paz, Memoria. La guerra civil y sus relatos*, Granada, Comares, 2013, pp. 85-98.

⁴¹ No debemos olvidar que, pese a la adopción de las nuevas retóricas sobre la guerra, el franquismo murió matando y su sistema represivo siguió en pleno funcionamiento hasta el final de sus días. Ref. Babiano, José; Gómez Bravo, Gutmaro; Míguez, Antonio y Tébar, Javier, *Verdugos impunes. El franquismo y la violación sistémica de los derechos humanos*, Barcelona, Pasado y Presente, 2018.

⁴² Morán, María Luisa, “La cultura política... *op. cit.*”, p. 158.

el sustento del *never again* y, por tanto, base de la voluntad de pacto y paz civil⁴³. Tal vez uno de los elementos más notorios de la presencia de este miedo colectivo lo encontremos en la cinematografía de la guerra civil que se desarrolla durante el período de transición a la democracia. Tal y como afirman autores como Sánchez Biosca e Igor Barrenetxea, 1981 fue un año que hizo presente el pasado y que sacó del subconsciente todos aquellos miedos latentes en la sociedad española. Buena muestra del efecto que provocó el golpe de Estado fue la desaparición del tono discursivo representado en parte de aquel cine: el discurso reivindicativo de *Tierra de rastrojos* (Antonio García Cano, 1979), por ejemplo, quedó enfriado en películas posteriores⁴⁴. La relativamente poca presencia pública que tuvo el pasado (según Paloma Aguilar condicionado por un pacto de no instrumentalización política⁴⁵) siempre estuvo motivada por un miedo provocado por el recuerdo concienzudo de la guerra, la dictadura y los horrores que produjeron⁴⁶.

En base a los recuerdos y olvidos del pasado y las aspiraciones del futuro se generó un sistema simbólico de imágenes que condiciona nuestra visión del pasado: la guerra y la dictadura, así como de la transición que vino a acabar con esa excepcionalidad del ser violento y cainita de los españoles. Tal vez un hecho que ejemplifica muy bien esto fuera la llegada del 50 aniversario de la guerra civil y el discurso del PSOE, exponente de la narrativa del pasado clausurado. Fuera del ámbito académico no se trató el conflicto con la necesaria perspectiva crítica e histórica que necesitaba. Al contrario que en otros países europeos de aquel contexto temporal (como Alemania, donde se vivía con fervor la disputa de los historiadores) se esgrimió la reiterada negativa a asumir el reconocimiento de las responsabilidades morales del pasado reciente, y se achacó el conflicto y la consiguiente dictadura a una responsabilidad colectiva que negaba las responsabilidades individuales y, por tanto, la posibilidad de hacer comprensivo ese pasado más allá de unos marcos morales⁴⁷. De hecho, tal y como sostiene, por ejemplo, Paloma Aguilar, productos culturales como *Cuéntame como pasó* (2001), habrían supuesto una suerte de catarsis para todos aquellos españoles que vivieron la dictadura desde la ambigüedad moral y el consentimiento, precisamente en un momento en el que volvían a aflorar las demandas civiles para “desenterrar” ese pasado⁴⁸.

El escaso grado de atención prestado al pasado durante aquellos años tiene su contraste en el énfasis depositado sobre un futuro esperanzador de democracia e integración europea⁴⁹.

⁴³ Espinosa Lamo, Emilio de, “La normalización de España... *op. cit.*, pp. 4-17.

⁴⁴ Barrenetxea, Igor, “Revenge: la violencia franquista en el cine de ficción”, en *Historia Actual Online*, 49 (2019), pp. 33-42.

⁴⁵ Aguilar, Paloma, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996.

⁴⁶ Pradera, Javier, “La dictadura de Franco. Amnesia y recuerdo”, en *Claves de Razón Práctica*, 100 (2000), pp. 52-61, p. 59.

⁴⁷ Para un análisis más exhaustivo acudir a Casanellas Peñalver, Pau, “La transición (española) que no fue: las críticas al cambio político ante el espejo de la nueva política”, en Molinero, Carmen e Ysás, Pere (eds.), *Transiciones. Estudios sobre Europa del Sur y América Latina*, Madrid, Catarata, 2019, pp. 176-197.

⁴⁸ Aguilar, Paloma, “Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del pacto del silencio”, en Aróstegui, Julio y Godicheau, François (coords.), *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 245-295.

⁴⁹ Moreno Juste, Antonio, “El proceso de construcción europea... *op. cit.*, pp. 1-12.

La continuidad inalterable del relato de la transición como éxito indiscutible, casi dogma democrático, vino marcado precisamente por la incapacidad política de enfrentar el pasado en un contexto de suma inestabilidad. La larga sombra de la guerra civil sigue estando presente en nuestra sociedad, aunque no de la manera en que estaba antes de 1975. Sin embargo, parece que este relato está entrando en crisis. Como afirma Tony Judt: “Para poder comenzar a olvidar, una nación debe primero haber recordado”⁵⁰.

4.2. Relato y memoria en la narrativa europea

La historia de la Europa posterior a 1945, por su parte, descansa sobre el reconocimiento del fracaso y la crisis de identidad que supuso la guerra y sobre todo el Holocausto. Lo horrores presenciados durante aquellos años debían ser reconocidos y la culpabilidad colectiva también para ser miembro de la nueva comunidad. El verdadero billete de entrada en Europa⁵¹. Negar o menospreciar la *Shoah* era situarse al margen del discurso civilizado público que marcaba la normatividad y la normalidad. La memoria recuperada de los judíos europeos muertos se había convertido en la propia definición y garantía de la restaurada humanidad del continente, al igual que en España el reconocimiento de las atrocidades de la guerra y la creación de un discurso de *never more*, unido al nuevo consenso, significaba la recuperada normalidad y europeidad.

Parecía necesario erigir una nueva Europa sobre las cenizas de los crematorios de Auschwitz. La nueva Europa estaría unida por los signos y símbolos de su terrible pasado. El éxito del relato europeo y de la Unión ha sido precisamente aquel que en parte ha hipotecado su futuro: la consecución de un continente en paz. El ciclo de la memoria activa se está cerrando, puesto que la generación de la guerra está muriendo. Los europeos conservan un círculo vital alrededor de ese relato, y sin duda alguna está operativo aún hoy día.

El relato europeo debía ir en paralelo y coexistir con otros relatos nacionales de postguerra para ser práctico. En este sentido, el relato europeo tuvo que omitir también aquellos elementos problemáticos que habían olvidado las narrativas nacionales. En el caso de Francia, por ejemplo, para la conformación de un nuevo discurso nacional tras la Segunda Guerra Mundial (el mito de la resistencia) los judíos deportados por su raza no eran útiles. Sobre esa omisión se erigió una nueva narrativa unificadora de la sociedad francesa salida de la guerra. La Francia de Vichy surgió bajo el beneplácito de la democrática Asamblea Nacional de la Tercera República y hasta finales de 1942 una abrumadora mayoría de hombres y mujeres franceses consideraba que Vichy era el régimen legítimo de Francia⁵². La colaboración de Vichy y de buena parte de la sociedad francesa con su permisividad provocó que miles de judíos franceses acabaran

⁵⁰ Judt, Tony, “Desde la casa de los muertos: un ensayo sobre la memoria europea contemporánea”, en *Claves de razón práctica*, 166 (2006), pp. 4-14.

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² Kershaw, Ian, *Descenso a los infiernos: la historia de Europa entre 1914 y 1949*, Barcelona, Crítica, 2016.

en campos de concentración y cámaras de gas. Tras la guerra, todo esto cayó en el olvido, o el intento de olvidar, y alejó esta dura realidad del discurso oficial. “Vichy había traicionado a Francia, los colaboracionistas habían cometido traición y crímenes de guerra”. El objetivo era presentar al régimen de Vichy como fascista y reaccionario para, de alguna manera, restar responsabilidades a Francia como sociedad. La judicialización de ese pasado, como afirmaba Todorov⁵³, es muestra del proceso redentor que llevó a cabo Francia, algo que el historiador y filósofo búlgaro-francés criticó como una huida hacia delante que poco podía ofrecer a nivel didáctico sobre ese pasado a la sociedad francesa. En la Europa occidental los alemanes no podrían haber hecho lo que hicieron en Noruega, Bélgica y Holanda sin la colaboración de la población local⁵⁴.

El enfrentamiento cara a cara con el pasado es un proceso difícil y traumático, pero es a la vez la única manera de poder mirar al futuro sin que el pasado lastre ese camino, tal y como demostró la disputa de los historiadores (*Historikerstreit*) en Alemania a mediados de los años ochenta del siglo xx. Sin embargo, el relato de posguerra en Europa debía converger hasta cierto punto con estos relatos nacionales si deseaba concretar su proyecto. El mito es moral, no histórico, y nuevamente, como en el caso español, aquellos aspectos problemáticos del pasado eran omitidos, algo que, como se ha visto, no es excepcional del resto de Europa.

La identidad europea debía conformarse en torno al antifascismo y la condena al Holocausto, pero... ¿Cuántos miles de europeos colaboraron en el horror o permitieron, con su silencio, que este se produjera? ¿Podrían considerarse europeos todas esas personas que colaboraron con el nazismo? La nueva identidad que se trataba de crear debía ir acompañada de la omisión, rechazo y ocultamiento de identidades anteriores, al igual que en el caso español. El pasado, debía quedar clausurado para evitar contradicciones y que no restara coherencia a la nueva imagen. Europa es la que define no solo quienes están dentro de la comunidad del recuerdo (en la narrativa europea los países de la Europa occidental), sino también qué elementos son los que deben ser recordados y cuáles no.

5. La crisis de los relatos

En los últimos años se ha visto un declive de ambos relatos. Son narrativas que van íntimamente ligadas y en buena parte la una depende de la supervivencia de la otra. Se consideraba que el europeísmo era la solución a los problemas de España y que era el medio por

⁵³ Todorov, Tzvetan, *La memoria ¿Un remedio contra el mal?*, Madrid, Arcadia, 2009.

⁵⁴ Judd, Tony, “Desde la casa de los muertos... *op. cit.*”, pp. 4-14.

el cual cimentar una democracia sólida y consolidada. Sin embargo, ¿hasta qué punto Europa no ha devenido hoy en día más en un problema que en una solución?

Los nuevos europeos conciben que la paz en Europa es algo natural, no está puesto en duda. Para aquellas generaciones que vivieron la guerra mundial, la paz, la estabilidad, el progreso, la recuperación material y espiritual de Europa era una promesa que atendía a sus problemas. Estas imágenes idílicas han quedado superadas en el imaginario europeo de muchos ciudadanos. A este *gag* generacional se le ha unido una falta de legitimidad democrática de Europa, que deslegitima su discurso. España, Portugal o Grecia entraron en la CE bajo el paraguas de la narrativa de democracia y libertad. Hoy día Europa parece que cada vez representa menos eso.

España siempre ha mostrado un consenso permisivo hacia Europa (al menos desde la integración) debido a lo que en el imaginario colectivo Europa significaba⁵⁵. Además, el discurso nacionalista nunca ha sido un contencioso a los avances en Europa por parte de España, precisamente porque la narrativa nacional española desde 1975 se construyó en simbiosis a Europa y fue haciéndose cada vez más poderosa. En el caso español la imagen favorable que tradicionalmente se ha tenido de Europa ha permitido una más fácil adhesión desde la sociedad española a dicho proyecto.

Sin embargo, hoy en día asistimos a una posible desvertebración de todo esto. El relato ha perdido su guía de futuro, ha perdido su utopía bajo el signo ideológico del neoliberalismo. La euronormalidad prometida por el relato europeo de España parece hoy cambiar. La utopía deviene en una Europa hostil⁵⁶.

Todos los cambios producidos en España tras el fin de la dictadura tenían como hilo conductor la apuesta europea. Se transformó en punto de inflexión el momento en que comenzó a destacarse con fuerza en el imaginario colectivo de los españoles la ecuación Europa = Bienestar = Democracia⁵⁷. ¿Hasta qué punto la idea de Europa como redención moral de España y como necesidad ética, social y cultural ha entrado en crisis? Lo cierto es que, pese a que Europa se haya convertido en un elemento hostil, el europeísmo español sigue siendo fuerte. En el eurobarómetro de 2019 el 75 % de los ciudadanos españoles encuestados afirmaban que España se había beneficiado de pertenecer a la Unión Europea. Las bases simbólicas de nuestra democracia siempre han estado en Europa. Además, el relato de la europeización se convirtió en una vía para catalizar en España el fenómeno de la globalización, después del aislamiento del franquismo.

Sin embargo, con la última ampliación y las políticas neoliberales, se ha puesto en cuestión el ciclo orteguiano de “más Europa=más España”, el relato pierde coherencia y con

⁵⁵ Díez Medrano, Juan, “La opinión pública española y la integración europea (1986-2006)”, en Morata, Francesc y Mateo, Gemma (eds.), *España en Europa, Europa en España (1986-2006)*, Barcelona, F. Cidob, 2006, pp. 206-232; Sánchez Cuenca, Ignacio y Barreiro, Belén, “La europeización de la opinión pública española”, en Closa, Carlos (ed.), *La europeización del sistema político español*, Madrid, Istmo, Madrid, 2001, pp. 29- 51.

⁵⁶ De Estefanía, Joaquín, “Europa hostil”, en *El País*, 13 de diciembre de 2010.

⁵⁷ Moreno Juste, Antonio, “El proceso de construcción europea... *op. cit.*”, pp. 1-12.

ello la confianza en el proyecto europeo y lo que reporta para España⁵⁸. El europeísmo que ha guiado la política durante los últimos treinta y cinco años ya no parece la respuesta automática a todo nuevo desafío. De hecho, en el mismo eurobarómetro de 2019 resaltaba que “alrededor de la mitad de los europeos cree que las cosas no van en la buena dirección ni en la UE ni en su país, con mayores registros incluso en España: el 56 % cree que las cosas no van bien en la UE y hasta el 68 % que no vamos en la buena dirección en España”⁵⁹.

La crisis parece que puede fracturar el relato de progreso en el que se había instalado la sociedad española. La crisis ha erosionado la imagen exterior de España, al poner en cuestión la narrativa de éxito económico que se había construido⁶⁰. Europa, dentro de este ciclo, ha jugado un papel nocivo. La propia realidad de la crisis europea puede poner en peligro la narrativa nacional española en la medida que la normalización de España se estableció en convergencia a la incorporación a la CE. Las brechas se ven claramente cuando se evidencia que la transición no fue tan idílica como parecía. En conclusión, es en tiempos de crisis cuando el relato empieza a entrar en confrontación con la realidad.

6. Conclusiones

En definitiva, se ha visto a lo largo del artículo que los relatos tienen una operatividad y que se construyen en base a mitos generados por regímenes políticos insertos en contextos y dinámicas culturales específicas de cada tiempo histórico. En el caso concreto de España, las especificidades de los discursos que han gozado de hegemonía a lo largo del siglo xx están marcadas por sus contextos. La narrativa de la cruzada nacional fue sustituida por la de la paz, con el mito de la locura colectiva y el cainismo, que han caracterizado también en parte a la retórica transicional.

España, sin embargo, tal y como se ha analizado, no es ninguna excepcionalidad. El retraimiento nacional tras la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de consolidación de discursos nacionales como en el Este y Oeste europeos generaron la necesidad de omitir y restar importancia a acontecimientos centrales del siglo xx como fue el Holocausto, encarnado en el campo de concentración de Auschwitz. Esto se percibe fundamentalmente en las narrativas

⁵⁸ Moreno Juste, Antonio, “El relato europeo de España: de la Transición democrática a la gran recesión”, *Ayer*, 117/1 (2020), pp. 21-45.; “The Crisis of the Integration Process and its Impact on the European Narrative”, en Levi, Guido y Preda, Daniela (eds), *Euro-scepticisms. Resistance and Opposition to the European Community/ European Union*, Bolonia, Società Editrice Il Mulino, 2019, pp. 75-88.

⁵⁹ Parlamento Europeo Oficina en España, “Eurobarómetro: los españoles mantienen su confianza en la Unión Europea a un mes de las elecciones”. «https://www.europarl.europa.eu/spain/es/prensa/comunicados_de_prensa/pr-2019/04-2019/25042019.html» [consultado el 29 de julio de 2021].

⁶⁰ Torreblanca, José Ignacio, “Una España confusa en una Europa desorientada”, *Política Exterior*, 133 (2010), pp. 45-60.

que permean en los grandes memoriales soviéticos, por ejemplo (muchos de ellos orientados a la presentación de la heroicidad de los soldados de la URSS en su gesta por la liberación de Europa) o el relato del gaullismo, que condenó a los márgenes de la historia episodios como el colaboracionismo de gran parte de la población francesa con Vichy y el nazismo para crear una identidad francesa sustentada por el mito de la resistencia.

Se ha observado como el relato europeo y el de la transición española presentan convergencias en su estructura, premisas y mitos. Y cómo también es fundamental la relación que existe entre ambos: Europa como hogar de la democracia y el regreso (algo que se vio especialmente a través de la caída del bloque soviético) y España como una oportunidad para Europa de demostrar la funcionalidad de ese papel paternal.

Por último, se ha analizado la limitada efectividad de los relatos dentro de contextos diferentes y cambiantes a aquellos en los que fueron creados. La pervivencia de estos discursos, en definitiva, depende de su capacidad de adaptación a realidades históricas en continua transformación.